



La generación de los *hijos* en Chile. *El sistema del tacto* de Alejandra Costamagna

(Alejandra Costamagna, *El sistema del tacto*, Barcelona, Anagrama, 2018, 182 pp. ISBN 978-84-339-9865-1)

por Marianna Montanaro

REFLEXIONES EN TORNO A LA GENERACIÓN DE LOS *HIJOS* EN CHILE

El sistema del tacto es la última novela publicada por la escritora chilena Alejandra Costamagna. La autora, que resultó finalista del prestigioso premio Herralde precisamente con esta obra, nació en 1970 en Santiago de Chile en el seno de una familia de origen argentino emigrada a Chile para huir de la dictadura militar de Juan Carlos Onganía, quien gobernó el país de forma autoritaria de 1966 a 1970. Además de ser una escritora valorada positivamente por la crítica literaria, Alejandra Costamagna es periodista y catedrática en la Universidad de Chile. Entre sus publicaciones destacan *En voz baja* (1996), *Cansados ya del sol* (2002), *Dile que no estoy* (2007), *Naturalezas muertas* (2010), *Animales domésticos* (2011), *Había una vez un pájaro* (2013) e *Imposible salir de la Tierra* (2016).

La producción literaria de la autora es muy variada, tanto por lo que concierne a los temas (el exilio, la memoria cultural, la migración, la genealogía familiar) como por lo que se refiere a la forma de narrarlos. Las novelas de Alejandra Costamagna se inscriben en el marco de la literatura de autoficción, que incluye obras caracterizadas



por la hibridez de las modalidades narrativas y por la mezcla entre el relato de la experiencia autobiográfica de la autora y la ficción literaria.¹

Junto con otros notables escritores (Nona Fernández, Lina Meruane, Alia Trabucco, Andrea Jeftanovic, Alejandro Zambra y Rafael Gumucio), los estudiosos de crítica literaria la consideran una de las mayores exponentes de la generación literaria de los *hijos* en Chile.² Se trata de una expresión que hace referencia a un grupo de escritores que nacieron en Chile entre los años setenta y ochenta del siglo pasado y que vivieron la infancia bajo la sangrienta dictadura militar de Augusto Pinochet. Indudablemente, la dialéctica texto-contexto resulta ser fundamental para poder entender en profundidad la perspectiva de Alejandra Costamagna y el significado más profundo de la novela que presentamos. De ahí que sea necesaria una sintética introducción al contexto histórico y social en el cual la autora vivió desde niña.

La dictadura de Augusto Pinochet empezó el 11 de septiembre de 1973, cuando las Fuerzas Armadas de Chile organizaron un golpe de Estado con el objetivo de derrocar el gobierno del legítimo presidente, Salvador Allende. La aviación chilena bombardeó el palacio presidencial, la Moneda, y los militares asesinaron al presidente.

A partir de ese momento se puso en marcha un plan de desaparición de los *subversivos*, eufemismo de la dictadura utilizado para hacer referencia a todas las personas que apoyaban una ideología opuesta a la oficial. El objetivo era la eliminación física de todos los enemigos, un proceso que, según la lógica militar, era necesario para restablecer el orden social y político.³ Se instituyen campos de detención clandestina en todo el país y se difunde un clima de terror y silencio. Paralelamente, comienza un proceso de transformación económica que convierte a Chile en un país neoliberal y capitalista. Se puede entonces afirmar que los trágicos eventos del 11 de septiembre de 1973 fueron un punto de quiebre en la historia del país, ya que a partir de ese momento su cara cambió para siempre.⁴

El régimen militar siguió vigente hasta el 5 de octubre de 1988,⁵ fecha en la cual hubo un plebiscito que restauró la democracia. Comienza un periodo contradictorio

¹ Para profundizar, véase Arfuch.

² El concepto de *generación de los hijos* es una etiqueta que los críticos y las editoriales atribuyeron a este grupo de escritores. Aquí lo utilizamos sin problematizarlo, aun siendo conscientes de la necesidad de profundizar la discusión alrededor de esta denominación: ¿se trata de una generación literaria? ¿Qué significa para los escritores ser *hijos* de la dictadura? ¿Hay una relación de filiación con las víctimas de la tragedia o solo se establece un tipo de filiación histórica? ¿Hablar de *hijos* significa considerarlos un producto de la dictadura? Se trata de cuestiones de claro interés científico, muy debatidas entre los críticos literarios y que abren espacios de reflexión compartida.

³ De acuerdo con la lógica de los militares, el proceso de reorganización nacional era necesario. Asimismo, las muertes de *poco* eran un *sacrificio* necesario para poder salvar al país de un mal peor, es decir, el mal comunista. La ideología militar se basaba en una lógica binaria, por la cual existían el bien y el mal, los anti-comunistas y los comunistas, Augusto Pinochet y Salvador Allende.

⁴ Para profundizar, véanse Lazzara; Moulian; Richard.

⁵ El análisis crítico de los eventos que sacuden el país a partir de 1973 hasta nuestros días permite poner en tela de juicio el verdadero fin de la dictadura: ¿se puede afirmar en modo dogmático que la dictadura terminó en 1988 con el plebiscito? Si se analizan bien los hechos, podemos notar que ya la Constitución de 1980 establecía cierta continuidad entre dictadura y democracia. En otras palabras, en Chile aconteció el fenómeno del *gatopardismo*, por el cual no cambió el sistema social, político y económico durante la transición hacia la democracia. Además, los responsables de las desapariciones y



de la historia chilena, ya que, debido a la Constitución promulgada por la Junta Militar en 1980, los pinochetistas garantizaron el mantenimiento del poder. Es posible afirmar que no cambiaron los protagonistas de la escena política. Los presidentes de la transición no pudieron tomar decisiones realmente orientadas a obtener verdad y justicia porque la presencia de los pinochetistas en el Parlamento impuso una política fundada en el olvido.

Los niños que nacieron en la década de los setenta crecieron por tanto durante el régimen militar pinochetista, lo que significó vivir en un clima de terror, miedo e incertidumbre a causa de la represión, de los bombardeos y de las desapariciones forzadas. Ellos fueron espectadores pasivos de la historia, ya que debido a su edad no podían entender clara e integralmente lo que ocurría y mucho menos actuar de manera que terminaran el horror y las violaciones de derechos humanos. Solo pudieron entender de forma fragmentaria e incompleta lo que estaba ocurriendo. En otras palabras, solo pudieron heredar el país fruto de las acciones de los padres, aceptando las consecuencias de las decisiones de los adultos.

Esta generación se hizo adulta durante la transición, momento de la historia del país en el cual se dio cuenta de las contradicciones del país, que en aquel entonces era una nación supuestamente democrática. Sin embargo, ¿se puede considerar democrático un país en el cual los responsables de la masacre siguen libres, en el cual está vigente la injusticia y la corrupción? ¿Se puede estimar democrático un país donde el dictador, Augusto Pinochet, sigue considerándose un héroe de la patria, un salvador de esta? Estas son las preguntas que se plantearon los jóvenes, los cuales inevitablemente se enteraron de que vivían en un país que aún, a causa de las políticas de las (des)memorias actuadas por los presidentes de la transición, no podía elaborar el duelo histórico de la dictadura, de la muerte y de la desaparición de 60.000 compatriotas.⁶

El grupo de escritores anteriormente mencionados comparte la experiencia de haber vivido la infancia bajo la dictadura. En su producción literaria dan voz, desde múltiples perspectivas y con formas narrativas variadas, a sus experiencias vitales e iluminan las zonas oscuras de la realidad presente. Para la *generación de los hijos* la literatura es un espacio disidente en el cual pueden reconstruir y, sobre todo, poner en tela de juicio el pasado reciente del país, periodo de la historia –personal y colectiva– que recuerdan de manera borrosa y fragmentada.

Los *hijos* se hacen cargo del pasado y lo reconstruyen a partir de una nueva y sugestiva perspectiva. A través de la literatura testimonial, una luz subversiva y disidente que se rebela al discurso oficial, las nuevas voces de la literatura chilena iluminan los silencios y los momentos más asombrosos de la historia de Chile, con el objetivo de elaborar el duelo individual y colectivo, mantener viva la memoria, es

muertes, es decir, de las violaciones de derechos humanos perpetradas durante los años del régimen militar, nunca fueron ni procesados ni condenados. El mismo dictador Augusto Pinochet murió libre en 2006 en su cama de hospital y mucha gente lo acompañó el día de su entierro (véase Moulian).

⁶ Se trata de una cifra que hoy en día se ha vuelto simbólica por la imposibilidad de definir el número exacto de víctimas, pues no se encontraron todos los cuerpos. La desaparición de los cuerpos se realizaba porque los militares tiraban a los detenidos desde los aviones al río Mapocho o al mar, de manera que no quedara ninguna evidencia del “poder desaparecedor” (Calveiro).



decir, no interrumpir la cadena de la memoria para que los trágicos eventos y las violaciones de los derechos humanos no vuelvan a repetirse nunca más.

EL SISTEMA DEL TACTO: GENEALOGÍA FAMILIAR E IDENTIDADES DESGARRADAS

Esta breve introducción histórica y literaria es fundamental para captar el significado más profundo de la última novela de Alejandra Costamagna, *El sistema del tacto*, cuya protagonista es precisamente una *hija*. En otras palabras, la protagonista de la novela es una joven mujer que vivió su infancia entre Chile y Argentina en la década de los ochenta, cuando ambos países estaban viviendo, aunque con modalidades diferentes, la fase política de transición del régimen dictatorial a la democracia.⁷ Es evidente la superposición con la experiencia vital de la autora, Alejandra Costamagna, la cual vivió en primera persona, aún siendo una joven mujer, la transición chilena hacia la democracia.

Más detalladamente, la protagonista se llama Ania, pero es apodada por los familiares, especialmente por su tío Augustín, con el diminutivo afectivo *chilenita*. Ania vive un momento difícil de su vida desde el punto de vista profesional y personal. En efecto, era maestra en una escuela, pero la despidieron de su trabajo, por lo tanto, intenta sobrevivir con empleos ocasionales, por ejemplo, cuidando gatos o perros. Además, tiene una relación con Javier, un hombre mucho mayor que ella, razón por la cual su padre no aprueba dicho noviazgo. Sin embargo, lo que marca profundamente su personalidad y su carácter, introvertido y poco sociable, es la ausencia de su madre, quien falleció algunos años atrás. Desde entonces, la relación con su padre se ha vuelto cada vez peor. Un indicador del conflicto entre padre e hija es el hecho de que en su casa él no expone fotos de Ania: "Mirar las repisas y los muros, llenos de fotografías familiares. Buscarse y no aparecer en ninguna. [...]. No verse allí, no existir" (26). Este hecho representa simbólicamente la condición que experimentaron a lo largo de la infancia los *hijos* de la dictadura, quienes fueron olvidados por los adultos y totalmente excluidos de los acontecimientos públicos.

La muerte de su madre no solo determinó un deterioro de la relación con su padre, sino que también desde entonces la joven hija empieza a tener problemas más graves: tiene dificultad para dormir, puede descansar solo bajo el efecto de los somníferos y, por consiguiente, experimenta una sensación de cansancio crónico.

⁷ Es necesario subrayar que los escenarios sociales y literarios chilenos y argentinos son muy diferentes. A pesar de ser países fronterizos y aunque los procesos históricos de ambas naciones tengan muchos puntos en común, es posible identificar algunas diferencias fundamentales en los acontecimientos de la historia reciente de los dos países. En efecto, es posible afirmar que en Argentina fue elaborado el duelo y se hizo justicia después de la dictadura. Más en detalle, durante la presidencia de Carlos Menem (1989-1999) fueron abolidas las leyes que garantizaban la impunidad de los responsables del genocidio (se trata de la ley de Punto Final y la de Obediencia Debida). Comenzaron los procesos judiciales y los militares acusados de crímenes contra la humanidad fueron condenados, además de todos los civiles y religiosos que en alguna medida estuvieron involucrados en el Plan de Reorganización Nacional, elaborado por las Fuerzas Armadas durante la dictadura con el objetivo de eliminar la amenaza comunista (véase Perassi y Scarabelli).



Especialmente, afirma que le cuesta mucho enlazarse con las personas. Por ello, las relaciones para Ania se reducen a acciones mecánicas, como las que actúa en ocasión de la fiesta de cumpleaños de la nueva mujer de su padre, Leonora:

Saludar a Leonora, preguntar por cortesía cómo sigue su salud. No escuchar la respuesta. Buscar alianzas con el perro, [...]. Acariciarle el lomo solo para hacer algo con las manos [...]. Cederlo a algún nieto [...]. Replegarse junto a Javier, remoto habitante de otra dimensión (25-26).

Todas las acciones, incluso las más sencillas, como por ejemplo saludar, se vuelven insignificantes para Ania. La protagonista cumple dichas acciones de forma mecánica y sin darles ningún significado, como si fuera un robot. Es como si su identidad se hubiera doblegado y quebrantado después del trauma de la pérdida de su madre, un duelo que todavía no ha podido elaborar.

Además, ella afirma que no tiene tacto, palabra clave que destaca en el título mismo de la novela: en otras palabras, no se considera socialmente integrada. Estas son las mismas circunstancias que experimentan los *hijos* de la dictadura: fueron olvidados y silenciados, por eso tuvieron que tomar en mano la situación, encontrando su propio lugar de resistencia y de enunciación, a partir del cual armar una nueva identidad, individual y colectiva.

La situación en la que se encuentra se agudiza cuando de repente su padre le pide un favor: que acompañe a su tío Agustín en sus últimos momentos de vida. Se trata de una petición que sacude su vida como un terremoto. Él es el último familiar con vida y se encuentra agonizante en condiciones muy graves al otro lado de la cordillera de los Andes, en el pueblo de Campana, en la cercana Argentina, donde vive. Le pide que vaya a Campana en su lugar, ya que no quiere dejar sola a Leonora, la cual está enferma. Si por un lado él quiere quedarse para cuidar a su mujer, por otro, la cobardía y el miedo por ver el final de la genealogía de su familia lo empujan a tomar esta decisión. En otras palabras, su padre le está pidiendo que lo reemplace tanto física como emocionalmente: "Ania Coletti ha reemplazado a su padre y ha enterrado al último integrante de la familia" (99), afirma la gente del pueblo cuando ve a la joven mujer caminar por las calles de Campana.

Ania decide aceptar la petición de su padre y a partir de ese momento comienza a sentir un raro sentimiento de culpabilidad, como si ella fuera la responsable de la inminente extinción de su familia. Alegóricamente, a través del estado de ánimo de la protagonista, la autora intenta iluminar los sentimientos que a diario sienten las personas que pertenecen a la generación de los *hijos*, los nacidos durante la dictadura pinochetista. En este sentido, los *hijos* de la dictadura-cargan con la culpa por no haber podido hacer nada para parar la masacre, precisamente porque eran niños. "No puede cambiar la historia" (15), afirma tío Agustín refiriéndose a su nieta. Al mismo tiempo, durante los años de la transición, eran chicos jóvenes que no podían enfrentarse a las contradicciones del sistema porque no tenían las herramientas para interpretar la realidad: el pasado reciente de la historia personal, familiar y colectiva para ellos eran recuerdos en pedazos que tenían que reconstruir.



Su estancia en Campana es para la protagonista un viaje a las impenetrables fronteras de la memoria personal y familiar. La protagonista recuerda los largos viajes en tren desde Chile, los felices veranos en Campana y los días transcurridos con sus familiares. Se acuerda de su infancia, aunque de manera confusa y fragmentada, dado que se trata de recuerdos difuminados en la memoria de una niña. El estilo narrativo refleja la parcialidad de la memoria, puesto que es fragmentado y procede con una continua alternancia entre el presente (la hospitalización de tío Agustín, su muerte, su entierro, el encuentro con su prima Claudia y con Gariglio, un amigo de Agustín) y el recuerdo de los veranos transcurridos en Campana.

Ania revive también la vida agobiada y abrumada de su tío Agustín y de su tía Nélide, dos figuras que recuerda con afecto, pero a la vez con luces y sombras. Los dos vivían encerrados en casa, ya que tía Nélide combatía su guerra interior: estaba enferma y deprimida a causa del trauma que supuso para ella alejarse de su madre patria, Italia. Es posible afirmar que nunca superó el quiebre que le provocó la experiencia migratoria. Ella sufre por la separación de su país, de sus afectos, de su territorio y siente una extrema nostalgia por el país natal del cual se alejó a causa de la Segunda Guerra Mundial, una tragedia que destrozó muchas vidas y aniquiló todos los países que tomaron parte en ella desde el punto de vista social, económico y cultural. En el terrible contexto de la Segunda Guerra Mundial y de los fascismos en Europa, Nélide decidió partir rumbo a América Latina, con el sueño de una nueva vida, marcada por posibilidades laborales y bienestar. Se trata de un destino común para muchos italianos y, más en general, europeos, los cuales en esos años huyeron de Europa en busca de un futuro mejor en América Latina.

En el caso de tía Nelida, el sueño americano se esfumó en cuanto llegaron a Argentina, donde tuvieron que empezar una nueva vida desde cero, aprendiendo a sobrevivir y padeciendo la tragedia del golpe de Estado, los horrores de la dictadura y de las desapariciones forzadas. Tuvieron que “aprender a ser otros” (89), afirma la autora. Esto es lo que experimentaron los migrantes europeos: la migración supone la muerte del ser y la creación de un nuevo ser en el país de llegada. Tía Nélide, como todos los migrantes, representa el drama de la identidad fragmentada por la experiencia de la migración. Para salvarse de la depresión, tendrá que alejarse de Argentina y volver a Italia.

Tío Agustín, en cambio, pasaba los días confinado en su habitación componiendo con su máquina de escribir, es decir, practicando la dactilografía, que para él era la única forma de sobrevivencia, resistencia y disidencia. La palabra tiene un poderoso cometido: la literatura y la escritura son espacios disidentes, de resistencia, a partir de los cuales se construye un contra-discurso y es posible armar nuevas identidades.

Ania se acuerda de la nostalgia que irrumpía en sus jornadas, ya que sus padres solían acompañarla a Campana y enseguida volvían a Chile. También, alude a la presencia en su rutina diaria de Gariglio, un amigo de su tío y, a la vez, un amigo de Ania con el cual compartía la pasión por la lectura. Se trata de una presencia ambigua, ya que hacía todo lo que podía para ver a la niña y pasar un tiempo con ella. Entre las lecturas recomendadas por Gariglio, en la narración destaca *La herencia maldita*, una novela que, en un juego de metaficción, dialoga con la vida de Ania porque el pueblo



en el cual se desarrollan los acontecimientos sufre una epidemia de insomnio, precisamente como Ania, desmoralizada, intranquila y sin dormir.

Todos los recuerdos de Ania brotan en su mente de manera extremadamente confusa y fragmentada, como si fueran rumores. Después del funeral de su tío, decide quedarse algunos días en Campana para registrar los objetos de la casa y ordenarlos antes de vender las propiedades de la familia Coletti. Esta es solo la versión oficial de la historia, ya que ella decide atrasar su partida porque siente que tiene dudas aún por resolver. Al decidir quedarse, está obedeciendo a una orden interna: "Hay varios pésames aún por recibir" (81), afirma la protagonista, quien decide reconstruir su pasado y la historia familiar, curando las heridas y recomponiendo su identidad fragmentada.

Ania elige arreglar la casa de los tíos y encuentra objetos que despiertan aún más su memoria: cajas con naipes, lapiceros, la máquina de escribir del tío Agustín, pasaportes, cuadernos, documentos laborales, cuadernos de dactilografía de tío Agustín, fotografías, los manuales para inmigrantes publicados por el Gobierno argentino a comienzos del siglo XX, fragmentos de la Gran Enciclopedia del mundo, fotos. "Es como si hubiera estado conversando con todas las edades que una vez tuvo" (59), afirma la protagonista al manejar los objetos de la vida de su familia, símbolos de sus existencias que le ocasionan muchos recuerdos.

La narración es fragmentada, la autora decide insertar dichas imágenes, fotografías de la máquina de escribir, partes del cuaderno de dactilografía y citas sacadas del manual del migrante. Más detalladamente, estas citas siguen un orden cronológico: el comienzo del viaje ("del *paese* al puerto del embarque", "el pasaporte"), la travesía oceánica ("los castigos del barco"), la llegada y la nueva vida en Argentina ("sobre los hábitos del que vive en Argentina", "modo de comportarse"). Estas citas generan un flujo lineal que va desde Europa hacia América, del *viejo* al *nuevo* mundo y que se opone al movimiento de Ania, la cual anda en busca de sus orígenes. Ella se desplaza del presente al pasado reconstruyendo la genealogía familiar, trabajando este material muy variado, únicos restos del pasado.

Ania queda atrapada en el vaivén de la memoria, consciente de que el pasado sirve para que pueda enfrentarse al presente. Sabe que tiene que "desprenderse de sus orígenes y convertirse en otros" (128), es decir, superar sus miedos y los traumas que la llevaron a ser una persona sin tacto, que desafía a su padre, que no se lleva bien con su nueva mujer, que compite con ella e incluso con su perro.

Al final del relato, otro evento hace temblar el universo de Ania: tras varios días sin recibir noticias de su padre y de Javier, su novio la llama para decirle que su padre está hospitalizado; este es el segundo terremoto que permite a la protagonista despertar de los recuerdos y volver al presente. A partir de ese momento, Ania deja de ser *hija* y ocupa completamente la posición de su padre.

El recorrido personal de Ania es el recorrido de búsqueda de la identidad de la colectividad chilena. Ella finalmente toma el lugar de su padre, tanto como hoy en día lo están haciendo los *hijos* en Chile, niños nacidos entre los años setenta y ochenta del siglo XX, los cuales están protagonizando la vida social de Chile, reclamando derechos, verdad, justicia y la superación de las condiciones de desigualdad y verticalidad de la sociedad, naturales consecuencias del neocapitalismo brutal. Las reivindicaciones de



los *hijos* y su lugar destacado en la sociedad se han vuelto aún más evidente a partir del estallido social de octubre de 2019, cuando miles de chilenos se reunieron alrededor de Plaza Italia, en Santiago de Chile, para reclamar justicia, verdad y una nueva Constitución que sustituya el ordenamiento jurídico pinochetista promulgado en 1980, aún vigente en aquel momento. En respuesta a estos movimientos, los trabajos de elaboración de la nueva Constitución comenzaron el 18 de octubre de 2021. Estas irrupciones de memoria (Wilde), evidentes secuelas del pasado dictatorial, simbolizan la voluntad de curar las heridas del pasado.

En conclusión, *El sistema del tacto* es un relato autorreferencial en el cual la experiencia autobiográfica se superpone a la ficción, única vía posible para rellenar los vacíos de la memoria. Por esto, la novela se coloca en un espacio fronterizo, aunque la hibridez y la heterogeneidad del texto se deben también a la variedad de lenguajes y materiales que maneja la autora, es decir, fotos, cartas y citas intertextuales que interrumpen la narración e irrumpen en el relato, completándolo. La novela expresa los sentimientos más íntimos de la protagonista, una mujer frágil y vulnerable que necesita recuperar su historia, íntima y familiar, y recomponer su identidad. El viaje a sus semillas es la ocasión inesperada para reanudar la memoria, encontrarse a sí misma y hallar su propio lugar en el mundo, reclamando su papel activo en la vida familiar y social: un destino que une la entera generación de *hijos* de la dictadura.

BIBLIOGRAFÍA

Arfuch, Leonor. *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Fondo de Cultura Económica, 2013.

Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Colihue, 2004.

Lazzara, Michael J. *Prismas de la memoria. Narración y trauma en la transición chilena*. Cuarto Propio, 2007.

Moulian, Tomás. *Chile actual: Anatomía de un mito*. Lom ediciones, 1997.

Perassi, Emilia, y Laura Scarabelli, editoras. *Letteratura di testimonianza in America Latina*. Mimesis, 2017.

Richard, Nelly. *Crítica de la Memoria (1990-2010)*. Universidad Diego Portales, 2010.

Wilde, Alexander. "Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile's Transition to Democracy." *Journal of Latin American Studies*, núm. 31, 1999, pp. 473-500.

Marianna Montanaro

Università degli Studi di Milano

mariannamontanaro93@gmail.com